

ACTAS DEL  
VIII CONGRESO INTERNACIONAL  
DE LA  
**ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE  
LITERATURA MEDIEVAL**

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

*Universidad Internacional*

*Menéndez Pelayo*

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA  
DEL GOBIERNO DE CANTABRIA  
AÑO JUBILAR LEBANIEGO  
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL  
SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL  
VIII CONGRESO INTERNACIONAL  
DE LA  
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE  
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

Escuela de Estudios Medievales  
Palacio de la Magdalena  
Universidad de Cantabria  
41013 Santander, España

Al cuidado de

MARGARITA BRIBAS Y SILVIA TRISO  
con la colaboración de Lucía Rodríguez

@ Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

*Tratamiento de textos*

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellá, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

## EL RITUAL DE LA HOSPITALIDAD EN EL ROMANCERO: DIFERENTES TEXTUALIZACIONES DE UN MOTIVO NARRATIVO

GLORIA B. I. CHICOTE

Universidad de Buenos Aires-CONICET

LOS ROMANCES, debido a su carácter transtemporal y transespacial al que en reiteradas ocasiones se ha aludido, operan como documentos o como vestigios de conductas propias de distintos contextos históricos y sociales, ya que la existencia misma de un tema romancístico en un período histórico determinado pone de manifiesto la vigencia funcional de la problemática que aborda. En este sentido, debería señalarse una vez más la imposibilidad de que los textos de tradición oral sobrevivan si no encuentran un espacio en el entramado cultural que los recibe. También debería aludirse al movimiento que, percibido en una dimensión diacrónica, determina el juego de permanencia y cambio inherente al género, con la consecuente variación de sentido que costumbres y hábitos sociales evidencian en su viaje a través de la historia. Aspectos ambos a los que no me referiré por no abundar en lo que se ha convertido en un lugar común de los estudios críticos de todo nuestro siglo.

El desciframiento del *modus operandi* de la construcción de significado en el romancero fue objeto de mis últimos trabajos en los que señalé los cambios producidos en referencia a la institución matrimonial en el *Romance de las quejas de Jimena*, al tabú del nacimiento de mellizos en *Espinelo*, al incesto en *Delgadina* y a la confluencia de lo maravilloso pagano y lo milagroso cristiano en *Lanzarote y el ciervo de pie blanco*.<sup>1</sup> Todos los poemas estudiados reelaboran en el plano discursivo y en el plano semántico conductas heredadas de otros contextos culturales que resignifican.

Tal es el caso del ritual de la hospitalidad que me ocupa en esta exposición, en tanto integrante de un conjunto de hábitos que develan la necesidad de protección que tenía

<sup>1</sup> Véanse G. Chicote, «Jimena de la épica al romancero: definición del personaje y convenciones genéricas», en *Caballeros, monjas y maestros*, ed. Lillian von der Walde, C. Company y A. González, UNAM-El Colegio de México (Publicaciones *Medievalia*, 13), México, 1996; «Lais y romances: un ejemplo de recontextualización de motivos tradicionales», *Filología*, XXX:1-2, (1997), pp. 183-190; «El Romancero Panhispánico: reelaboración del tema del incesto en la tradición argentina», *Hispanófila*, CXXII (1998), pp. 41-54; «La caza del ciervo de pie blanco: resemanización del motivo en el *Romance de Lanzarote*», *Actas del II Encuentro Internacional de Estudios Medievales*, Porto Alegre, en prensa.

el hombre medieval en un momento en que aún no había encontrado solución definitiva para sus necesidades primarias (abrigo, comida, vivienda) y no había dominado totalmente las manifestaciones de la naturaleza que aparecía como un ámbito temido y desconocido.

En un importante trabajo de comienzos de los ochenta Edoardo Esposito estudia la recurrencia de la temática de la hospitalidad en el *roman courtois*, entendida como un ritual en la medida en que está compuesta por gestos que, a su vez, constituyen fases de un sistema que se repiten.<sup>2</sup> Esposito señala al respecto que si bien encontramos en la épica menciones a la existencia de esta práctica, debemos esperar al desarrollo del *roman* en el siglo XII y especialmente a las obras de Chrétien de Troyes para asistir a su descripción explicitada. El detenimiento que el motivo, y su presentación en forma de ritual, goza en el discurso del *roman courtois* atestigua el gusto por la descripción de los hábitos de la aristocracia en un momento en que quizás éstos ya estaban cediendo su lugar a nuevas formas de vida, ofreciéndose de modo cristalizado como un elemento portador de ideología. El interrogante por el origen de la práctica permite a Esposito establecer una conexión con el dominio religioso: en principio, a partir de la concepción de la hospitalidad como testimonio de la fe cristiana, expresada a través de la ayuda a pobres y viajeros, y luego, más específicamente, en relación con el modelo de la regla benedictina. San Benito establece en el capítulo 53 el modo en que debe ser recibido un huésped: la recepción y saludo inicial está a cargo del abad y los hermanos, se lo guía a la plegaria, el abad asistido por los hermanos le lava los pies y manos, rompe el ayuno en su honor y lo invita a su mesa. El ritual así delineado se impone a partir del siglo VI y continúa en plena vigencia en el siglo XII, momento en que es utilizado por el *roman* con evidentes transformaciones en el significado de los componentes y a través del desarrollo de técnicas discursivas que le otorgan relieve literario y tienden a la representación.<sup>3</sup>

En este sentido el *roman* artúrico ofrece una visión laica de una práctica preexistente en el contexto religioso para la cual se pueden señalar las siguientes fases en su estructura:

- Pedido de hospitalidad de un caballero al señor del lugar (también puede ser invitación de éste último).
- Atenciones ofrecidas al caballero y a su caballo (ayuda a desmontar y desarmar al caballero, atención del caballo).
- Presencia de una joven doncella (puede ser la hija del señor del castillo) encargada de la distracción del caballero: conversación, lectura, música, aseo, cambio de vestimentas, curación de heridas.
- Ofrecimiento de una cena opulenta (bebida y comida).

<sup>2</sup> A continuación me permito glosar los conceptos fundamentales del artículo de E. Esposito, «Les formes d'hospitalité dans le roman courtois (du *Roman de Thèbes* a Chrétien de Troyes), *Romania*, CDX-CDXI:2-3 (1982), pp. 197-234; esp. pp. 197-200 y 225-234.

<sup>3</sup> Remarco la importancia de la gestualidad en la cultura medieval y remito al esclarecedor análisis de J. Lotman y Escuela de Tartu, *Semiótica de la cultura*, Cátedra, Madrid, 1979.



–Preparación del lecho para que el caballero pase la noche (+ relación sexual).

–Despedida al día siguiente después de oír misa y pedir autorización para partir.<sup>4</sup>

Hasta aquí las consideraciones de Esposito referidas al *roman courtois*, en adelante intentaré caracterizar el modo en que esta gestualidad ritual se presenta en el romancero.

A medida que se afinan los estudios críticos, se pone de manifiesto que los géneros *roman* y romance tienen más elementos en común que una misma raíz etimológica. Existe una semejanza entre las técnicas compositivas del *roman* artúrico y del romancero que fue señalada por Diego Catalán en referencia a lo que antes había sostenido Eugène Vinaver: ambas prácticas discursivas responden a la concepción de un modelo virtual (denominado por Vinaver «*the fitting in process*») que sucesivos receptores-emisores se sienten facultados a ajustar.<sup>5</sup> En este sentido puede afirmarse que el romancero a semejanza del *roman* en verso ofrece la materia narrativa en sus múltiples potencialidades, dejando latente una direccionalidad que sólo se concretará efímeramente en el romance versión.

Por otra parte, las similitudes entre estos géneros no se circunscriben únicamente a mecanismos de composición generales sino que pueden extenderse al tratamiento homólogo (aunque con significado diferente) que, en distintos niveles de articulación del mensaje, puede tener un motivo narrativo: en este caso me detengo en el ritual de la hospitalidad que se documenta reiteradamente en el romancero español con manifestaciones discursivas específicas que se adaptan a los requerimientos del desarrollo de la intriga y llegan a contradecir la esencia de su formulación inicial en el *roman* francés. Una vez más estamos frente a una muestra de la constante circulación de códigos entre los universos letrados y orales en la Edad Media, con la consiguiente «traducción» que este proceso conlleva, traducción que excede los niveles lingüísticos y debe ser entendida en términos culturales.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> El artículo de E. Esposito ya citado presenta un estudio detenido de aspectos diversos del tema: 1) la descripción de las formas de hospitalidad; 2) la definición de la estructura de la hospitalidad; 3) la función del ceremonial en relación con la técnica narrativa del *Yvain*; 4) la concepción del modelo y su significado en la civilización medieval. La hospitalidad se define como un código establecido con sus fases rituales y su estructura: «L'hospitalité que nous allons étudier est une succession régulière de gestes, de mouvements, d'expressions, où l'ordre des phases fondamentales reste généralement inchangé, tandis que quelques éléments secondaires peuvent varier» (p. 199). Entre los *romans* de Chrétien, E. Esposito elige *Yvain Le chevalier au lion* como ejemplo paradigmático de la utilización del ritual con finalidades discursivas, como parte integrante de una estructura narrativa (con cuatro funciones diferenciadas: introducir la aventura directa o indirectamente, concluirla y establecer ligazón entre dos aventuras).

<sup>5</sup> D. Catalán, *Arte poética del romancero oral*, Siglo XXI, Madrid, 1997, I, pp. 182-183, y E. Vinaver, *The Rise of Romance*, Clarendon, Oxford, 1971, p. 51.

<sup>6</sup> En la mayoría de los casos rastreo el motivo en versiones de romances documentadas en los siglos XV y XVI con la intención de realizar la confrontación en entornos culturales cercanos a lo señalado para el *roman courtois*. Cuando esto no es posible debido a la inexistencia de versiones antiguas de un tema romancésico, cito versiones de romances procedentes de la tradición oral moderna, que responden a un idéntico lenguaje tradicional, pero que denotan el correspondiente proceso de adecuación a las nuevas problemáticas. En esos

Si comenzamos por considerar el romancero histórico, se puede observar que presenta algún atisbo del ritual de hospitalidad en tanto conducta practicada pero no explicitada. Se documentan diferentes formas de hospitalidad desde la que el rey caritativo brinda a los pobres invitándolos a su mesa en el romance de *Fernando el emplazado*:

cuarenta pobres comían cada día a la su mesa;  
de a lo que los pobres sobra el rey hacía su cena,<sup>7</sup>

hasta la que se ofrece a un noble, inclusive a un rey, para hacer ostentación de poder, hospitalidad que puede tener carácter engañoso porque implica alejar al personaje de su entorno y de este modo volverlo vulnerable al ataque de sus enemigos. Este motivo, que denomino «falsa hospitalidad otorgada», aparece en el romance del *Prior de San Juan*<sup>8</sup> en los siguientes términos: el privado del rey aconseja la muerte del Prior de San Juan, se planea ofrecerle una invitación a comer con la intención verdadera de matarlo, pero el prior burla la emboscada; el rey se dirige al castillo del prior y pactan su reconciliación con una comida. El poema se abre y se cierra con el motivo del yantar, e incluye sugestivos versos finales que invierten los sujetos, evidenciando el cambio producido en las relaciones de poder:

Ábrame, el buen prior, allá me dejes entrar,  
que por mi corona te juro de nunca te hacer mal  
—Hacérlovos, el buen rey, ahora en mi mano está.—  
Mándale abrir la puerta, dale muy bien de cenar.

También encontramos en romances pertenecientes a la materia de Francia una representación semejante del motivo «la hospitalidad solicitada y burlada». Cito como ejemplo el romance de *Gaiferos*,<sup>9</sup> en el que el héroe, hijo de la condesa raptada disfrazado de romero, pide hospitalidad junto con sus compañeros con el propósito de matar al conde:

A las puertas del palacio allí van a demandar,  
vieron estar la condesa y empezaron de hablar:  
—Dios te salve, la condesa, —Los romeros, bien vengáis.  
—Mándenos dar limosna por honor de caridad.  
—Con Dios vades, los romeros, que n'os puedo nada dar,

casos escojo preferentemente las versiones argentinas, no por considerarlas superiores estéticamente, sino porque la tradición argentina es muy poco conocida en el contexto panhispánico y creo que tiene una presencia que merece su estudio. En la elección de estos últimos ejemplos me guía, por lo tanto, una intención marcadamente propagandística.

<sup>7</sup> P. Díaz-Mas, *Romancero*, Estudio preliminar de S.G. Armistead, Crítica, Barcelona, 1994, p. 145; en adelante: Díaz-Mas.

<sup>8</sup> Díaz-Mas, p. 148.

<sup>9</sup> Díaz-Mas, p. 228.



que el conde me había mandado a romeros no albergar.

—Dádnos limosna, señora, qu'el conde no lo sabrá;  
así la den a Gaíferos en la tierra donde está.—

Así como oyó Gaíferos comenzó de respirar;  
mandábales dar del vino mandábales dar del pan<sup>10</sup>

Las especificidades que acabo de mencionar son válidas para romances de carácter épico, histórico y unos pocos novelescos con reminiscencias históricas, revelando la conexión de la temática de estos poemas con un ambiente precortés en el que la hospitalidad es sin duda una práctica vigente, pero que aún no aparece ritualizada al uso cortés.

Por el contrario son los romances artúricos y novelescos en general los que ofrecen el ritual de la hospitalidad en pleno funcionamiento, aunque resignificado. En primer término se debe observar una reducción de las fases descritas para el *roman* que se concentran en la atención al caballero (aseo, ofrecimiento de bebida y comida) y en la función protagónica que adquiere la propuesta sexual. En los romances, el ritual operará como un corte en el desarrollo del accionar de los personajes, un olvido y abstracción breves, pero completos, en que se instaura un tiempo de placer, ya sugerido en las novelas de Chrétien, pero que en nuestros textos siempre culmina con la concreción del encuentro carnal.

Se impone iniciar la ejemplificación con el romance de *Lanzarote y el orgulloso*<sup>11</sup> por su conexión con la temática artúrica y por su difusión en la literatura medieval y renacentista española que alcanza al *Quijote*:<sup>12</sup>

Nunca fuera caballero de damas tan bien servido  
como fuera Lanzarote cuando de Bretaña vino:  
doncellas curaban d'él y dueñas de su rocino,  
esa dueña Quintañoña, ésa le escanciaba el vino,  
la linda reina Ginebra se lo acostaba consigo.

Este romance es paradigmático en lo que concierne a la resignificación de motivos,<sup>13</sup> que ilumina el estudio de las posibles direcciones y funciones genéricas que la materia

<sup>10</sup> Véase una variante del tratamiento de este motivo en el romance del *Conde Alarcos* (Díaz-Mas, p. 302) en que nuevamente se convida a alguien para concertar un crimen: el rey, por consejo de la infanta le ordena al conde que mate a la condesa: «—Combidaldo vos, el rey, al conde Alarcos un día/ y después que hayáis comido decidle de parte mía...».

<sup>11</sup> Díaz-Mas, p. 255.

<sup>12</sup> *Quijote*, I, 2: «Nunca fuera caballero de damas tan bien servido/ como fuera Don Quijote cuando de su aldea vino:/ doncellas curaban d'él princesas de su rocino»; *Quijote*, II, 31: Durante el recibimiento en la casa de los Duques, Sancho pretende que doña Rodríguez se ocupe del rucio tal como él sabía que acontecía con el caballo de Lanzarote, alude al romance que conoce por don Quijote. Doña Rodríguez se niega, lo que da lugar a una gran disputa que finaliza con la intervención de la Duquesa.

<sup>13</sup> Tal como lo destacué en un trabajo reciente, G. Chicote, «La caza del ciervo de pie blanco».

artúrica adquirió en España y, en este caso, pone de manifiesto las fases básicas del ritual que fueron señaladas antes: atenciones múltiples al caballero y a su caballo que concluyen con un contacto sexual.

Destaco otros ejemplos de romances novelescos en los que alternan las menciones al tipo de atención recibida por el caballero. En una versión del romance de *Gerineldo* la infanta le brinda hospitalidad lavándolo y conduciéndolo a la cama:

—Si tú eres Gerineldo serás muy bien recibido—  
Levantóse la infantina, abre puertas y postigos;  
cogiérale por la mano, para adentro lo ha metido,  
lo lavó en agua de rosas para acostarlo consigo.<sup>14</sup>

En *La bella malmaridada*,<sup>15</sup> la dama realiza una propuesta de futura hospitalidad al amante que la libere de su marido:

Sácame tú, el caballero, tú sacásmeme de aquí;  
por las tierras donde fueres bien te sabría yo servir;  
yo te haría bien la cama en que hayamos de dormir,  
yo te guisaré la cena como a caballero gentil,  
de gallinas y de capones y de otras cosas más de mil;  
que a este mi marido ya no lo puedo sufrir.

Al continuar con el rastreo del motivo en el corpus romancístico, cabe destacar que son más frecuentes las textualizaciones que apuntan a una mirada crítica hacia el ritual propia de una época posterior: son los casos de «hospitalidad rechazada», «hospitalidad obligada» y «hospitalidad burlada» en los que se mantienen las fases señaladas pero se revierte el significado.

El romance de *La dama y el pastor*<sup>16</sup> incluye elementos de «hospitalidad rechazada». La crítica reciente se ha ocupado de dilucidar la simbología presente en el poema: la dama representante de un orden social superior, proclive a la corrupción; el pastor, buen salvaje, aunque también rústico tonto que deja pasar los ofrecimientos de la dama. *Pastourelles*, serranas, amor-sexo-diablo, se entretienen en nuestro texto.<sup>17</sup> Alan D. Deyermund considera que este romance representa una elaboración sutil del tema de la mujer fatal que conduce al hombre a la muerte o, al menos, a su perdición,<sup>18</sup> tesis que se expli-

<sup>14</sup> Versión facticia representativa de la tradición de Asturias, ed. A. Galmés de Fuentes, *El romancero hispánico*, Everest, León, 1989, p. 216.

<sup>15</sup> Díaz-Mas, p. 320.

<sup>16</sup> Díaz-Mas, p. 332.

<sup>17</sup> G. Di Stefano, *Romancero*, Taurus, Madrid, 1993, pp. 144-147.

<sup>18</sup> A.D. Deyermund, *Point of View in the Ballad: «The Prisoner», «The Lady and the Shepherd», and Others*, Queen Mary and Westfield College, Department of Hispanic Studies (The Kate Elder Lecture, 7), Londres,



cita en una versión argentina en la que la dama que intenta seducir al pastor representa las tentaciones del diablo:

Andaba el pastor un día deleitando a su ganado  
 sale una *tienta* y le dice: —De ti vengo enamorado.  
 Responde el pastor y dice: —No te tengo ni un cuidado.  
 —¿Dónde has andado, pastor, que hasta aquí te hais librado  
 de las muchas tentaciones que ya te habréis *incontrado*?  
 Responde el pastor y dice: —De mí no tengáis cuidado.  
 —Mucho te quiero pastor y mi amor te lo confieso;  
 pero mi gusto sería si fuerais algo travieso.  
 Responde el pastor y dice: —A otro perro ese *güeso*.  
 —Mira estas piernas, pastor, que buscan toda mirada,  
 ¡ay!, si *jueras* más travieso, yo estos tesoros te daba.  
 Responde el pastor y dice: —Son cenizas de la nada.<sup>19</sup>

Lejos estamos también de la perspectiva cortés en el romance de *La Gallarda*, en que la dama obliga al caballero a aceptar su hospitalidad con el propósito de matarlo. Cito nuevamente una versión argentina:

Estándose la Gallarda en su ventana florida,  
 peinando su pelo de oro parece seda torcida,  
 vio venir un caballero camino de Andalucía.  
 —¿A dónde va el caballero, dónde tiene la dormida?  
 —Si usted me la da, señora, no camino más arriba.  
 —Suba, suba, caballero no gaste usted cortesía  
 ...  
 La Gallarda hace la cena, el caballero bien la mira,  
 La Gallarda hace la cama, el caballero bien la mira,  
 y entre sábana y colchón, un puñal de oro metía.<sup>20</sup>

En este romance como en *La serrana de la Vera*, la mujer maléfica se impone con intenciones funestas, aunque al final el caballero saldrá victorioso de la trampa que se le ofrece.<sup>21</sup>

1996, pp. 49-61.

<sup>19</sup> J. Draghi Lucero, *Cancionero popular cuyano*, Best Hermanos, Mendoza, 1938, p. 181. Recientemente V. Castro Ling, «La dama y el pastor and the Ballads of the Cancionero General: The Portrayal of the Experienced Woman», *Cancionero Studies in Honour of Ian Macpherson*, A.D. Deyermond, ed., Queen Mary and Westfield College, Department of Hispanic Studies, Londres, 1998, pp. 133-146, presenta un detallado análisis de los símbolos que confluyen en el romance, planteando la hipótesis de que el ardiente deseo sexual de la dama se relaciona con su condición de embarazada (en mi opinión, el texto no proporciona elementos suficientes para corroborar esta presunción).

<sup>20</sup> I. Moya, *Romancero*, II, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1941, pp. 245-246.

<sup>21</sup> *La serrana de la Vera* (A. Galmés de Fuentes, *El romancero*, p. 547): «Tomárame por la mano y me llevara

Paradójicamente es posible detectar otra influencia de la literatura artúrica en el conjunto que conforman *La dama y el pastor*, *La Gallarda*, *La serrana de la Vera* (también en *La bastarda*): la figura del hada tentadora y de la princesa abandonada que se ofrecen al caballero extraviado después de una partida de caza en *romans* y *lais*, introducida con registros levemente diferentes. Tal como señala François Delpech, a pesar de su aspecto fragmentario, los romances representan un escenario muy coherente que puede ser interpretado como la condensación poética de un cuento tipo de tradición folklórica. A partir de este enfoque el relato articula en el plano mítico dos problemas que toda sociedad debe resolver de una u otra manera: el pasaje de la naturaleza a la cultura y el de la repartición ontológica, jerárquica y funcional de los sexos. El ritual de hospitalidad obligada legitima la lucha entre la serrana y el caballero, mientras que la victoria masculina final simboliza para Delpech el triunfo de la cultura, siendo ésta la verdadera identidad del vencedor en la caza de amor.<sup>22</sup>

En último término haré mención a los casos de «hospitalidad burlada» entre los que se puede citar el romance de *Bernal Francés* a partir de una versión argentina de la provincia de Santa Fe:

La mujer que quiere a dos dicen que es muy alvertida,  
pues si una vela se apaga otra le queda encendida.  
—¿Quién ha llamado a mi puerta y me está diciendo: «Abrid»?  
—Soy yo don Bernal, señora, que te acostumbra a servir;  
si me dejas en la calle de pena voy a morir.  
—No será por culpa mía que tú tengas que sufrir.  
Tomó el candil en la mano y el zaguán le fue a abrir.  
Allí le abre para que entre y él le apaga el candil.  
A los pajes y criados los ha mandado dormir,  
y a su amante, de la mano, lo lleva para el jardín,  
lo lava de pies y manos con agua de toronjil,  
y sobre la blanda cama con él se acuesta a dormir.<sup>23</sup>

Aparece la lexicalización formulística correspondiente al aseo y al encuentro sexual, pero, como sabemos, el destinatario de los favores no es el amante que la dama espera sino su esposo, lo que determina un desenlace trágico.<sup>24</sup>

a su cueva:/ por el camino que iba tantas de las cruces viera./ Atrevíme y preguntéle qué cruces eranaque-  
llas,/ y me respondió diciendo que de hombres que muerto hubiera./ Esto me responde y dice como entre  
medio risueña:/ —Y así haré de ti, cuitado, cuando mi voluntad sea./ Díome yesca y pedernal para que  
lumbre encendiera,/ y mientras que la encendía aliña una grande cena./ De perdices y conejos su pretina saca  
llena,/ y después de haber cenado me dice: «Cierra la puerta»./ Hago como que la cierro y la dejéentrebier-  
ta:/ desnudóse y desnudéme y me hace acostar con ella...».

<sup>22</sup> F. Delpech, «Variations autour de la Serrana», *Travaux de l'Institut d'Études Hispaniques et Portugaises de l'Université de Tours*, Publications de l'Université de Tours, Tours, 1979, pp. 59-77.

<sup>23</sup> I. Moya, *Romancero*, II, p. 46.

<sup>24</sup> No contamos con versión antigua del romance aunque sabemos que era conocido en el Siglo de Oro:

El ejemplo extremo de «hospitalidad burlada», que denominó «hospitalidad violada», se documenta en *La Muerte de Elena*, en tanto representación discursiva de una práctica social establecida, por lo tanto obligada, que se transgrede ignominiosamente: el caballero pide hospitalidad y luego la traiciona raptando a la niña y matándola. Cito una versión argentina:

Estaba Elenita bordando corbatas  
con agujas de oro y dedales de plata.  
Pasaba un caballero pidiendo posada:  
—Si mi padre quiere prepararé la cama  
..... en un rincón de la sala,  
con sábanas de hilo y colchas de lana.  
A la media noche éste se levantó,  
de las tres hermanas a Elena eligió.  
Montó a caballo y se la llevó<sup>25</sup>

Una versión cubana aporta más detalles:

Había tres niñas bordando una bufanda  
con aguja de oro y dedal de plata.  
pasó un caballero pidiendo posada.  
—Entre, caballero, y tome su posada.—  
En el comedor pusieron la mesa  
con cuchara de oro cuchillo y tenedor.  
Arriba en el cuarto hicieron la cama  
con funda de seda y sábana bordada...<sup>26</sup>

Considero que los ejemplos estudiados se pueden reunir en tres grupos correspondientes a distintos estadios culturales: los temas históricos y épicos representantes de un orden precortés en el que la hospitalidad aparece como práctica instituida a la que simplemente se alude, los temas artúricos y novelescos en general que ofrecen la ceremonia ritualizada del universo cortés y, por último, un conjunto de temas novelescos de desarrollo posterior que aportan una focalización desde diferente ángulo característica de una etapa

Góngora y Lope de Vega lo citan y parodian. En otro romance temáticamente cercano, *Esposa infiel* (Díaz-Mas, p. 310), sólo aparece la mención a que el caballero duerme desarmado con connotación sexual: «—Blanca sois, señora mía, más que el rayo del sol;/ ¿si la dormiré esta noche desarmada y sin pavor?/ Que siete años había, siete, que no me desarmo, no;/ más negras tengo mis carnes que un tiznado carbón./ —Dormilda, señor, dormilda desarmado sin temor...».

<sup>25</sup> I. Moya, *Romancero*, II, p. 267.

<sup>26</sup> B. Mariscal, ed., *Romancero General de Cuba*, El Colegio de México, México, 1996, p. 250. El tema seguramente tiene su origen en Portugal, donde se relaciona con la leyenda de Santa Iria (Siglo VII): un joven se enamora de ella y luego la hace matar porque no accede a sus requerimientos. Existen versiones de seis, siete y ocho sílabas.



postcortés en la cual la hospitalidad es un rito compartido, con pautas esperables, que los personajes conocen y transgreden.

En cada una de las etapas señaladas se seleccionan fases diferentes del ritual, mientras que su función se direccionaliza hasta convertirse en preámbulo del contacto sexual, escena que se incluye generalmente en un discurso crítico. El análisis de esta práctica posibilita abordar el estudio del romancero hispánico con el objetivo de contribuir al esclarecimiento de un proceso tan complejo como es el de la adaptación de elementos tradicionales de diversa procedencia a los sistemas culturales que se imponen sucesivamente a través de la historia.